

Tercero.—Y por lo mismo de que se debe unificar la enseñanza, debe a la vez unificarse el derecho internacional ibero-americano. Y aquí repito la opinión de Vasconcelos que anda dispersa en discursos, folletos, conferencias y libros, y que también es la opinión de mucha gente ilustrada, de una pléyade de jóvenes de esta patria mexicana. Deben suprimirse las diferencias entre los ciudadanos latino-americanos. Un chileno debe ser considerado como un peruano a la hora en que viva en el Perú; un argentino debe ser considerado como un colombiano a la hora en que viva en Colombia, y así sucesivamente.

Los constituyentes de Querétaro (México) lucharon por hacer constar en la Constitución Mexicana un artículo que estableciera la ciudadanía mexicana para todos los hispano-americanos. En la República Dominicana, hubo un Presidente, el más ilustre de nuestros presidentes, Monseñor de Meriño, que también abundó en estas mismas ideas. Y ahora, el inteligente Magistrado don Alvaro Obregón, cree firmemente en ello.

Debe, pues, unificarse el Derecho Sustantivo, las Constituciones de los países de América, hasta hacerlas idénticas en cuanto a sus efectos internacionales ibero-americanos.

Cuarto.—En cuanto a la labor que tienda a orientar nuestros intereses económicos, hace rato que debió ensayarse, cuando menos, el intercambio comercial. Nuestras tierras producen materias primeras para todos los usos; frutos de todas clases, minerales, cereales, y me parece muy lógico establecer el intercambio tal como lo explica Sanín Cano en su opinión que es hasta ahora una de las más generosas y altas que ha publicado el REPERTORIO. (La de Lugones es detestable).

Quinto.—Lo que puede hacerse para estrechar las relaciones económicas, lo indica en una de sus conferencias el Licenciado Vasconcelos: barcos, barcos brasileros, chilenos, argentinos, serían los encargados de fomentar esas relaciones económicas. Al principio se perdería dinero, pero después... Todo el que siembra recoge el fruto.

Sexto.—Los principios nacionalistas que aconsejaría serían los mismos que actualmente se practican en México. (Esta parte de la encuesta es lo más importante. En esta parte está comprendido todo lo demás). Campaña contra el analfabetismo; intensa, incesante, incansable. Fomento del arte hispano-americano, de la música popular, de la pintura, del baile, tal como se viene haciendo aquí. Dar preferencia a las escuelas técnicas industriales que salvaron, engrandecieron e hicieron de Alemania la primera de las naciones del mundo. Guerra a muerte

a los profesionales que sólo sirven para acrecentar la miseria pública, para explotar a los que trabajan honradamente y estimular el ocio antiguo de que nos hablara nuestro admirado Rodó, que en cuestiones sociológicas no las tenía todas consigo, como tampoco las tiene el poeta conservador argentino.

Echar fuera de las universidades todo lo que huele a exótico, y darle preferencia a lo nuestro. Nada exótico nos ha salvado hasta la fecha ni nos ha hecho mejores.

Séptimo.—Con respecto a los Estados Unidos y a la actitud que debemos asumir ante las tendencias imperialistas, queda ella comprendida dentro de esas mismas orientaciones económicas; dentro de esa misma unificación de

leyes sustantivas; dentro de ese mismo nacionalismo hispano-americano. De todo esto surge la actitud que se debe adoptar ante el vecino poderoso. Entonces no serían ellos,—como dice el poeta conservador argentino,—mejores que nosotros. Si acaso lo son, es en cuanto a lo que dicen y escriben que saben buena o malamente llevarlo a la práctica; mientras nosotros nos pasamos la vida hablando y escribiendo mucho sin llevar nada a la práctica. Adolecemos del mismo mal español. España se ha pasado veinte siglos hablando hasta por los codos y todavía no para. Los sajones hablan poco. Esto es distintivo de los pueblos que piensan.

MANUEL CESTERO.

(México, D. F.)

Carta a los estudiantes argentinos

Buenos Aires, octubre 28 de 1922.

Señores Vrillaud y Boljover,

Representantes de la Federación
Estudiantil de Rosario.

Muy queridos amigos:

ME refiero a las invitaciones que reiteradamente me han hecho para visitar Rosario, confirmadas por noticias de prensa en que se detallan los preparativos que se han dignado hacer los estudiantes para recibirme, y tengo que pedirles me concedan la mayor prueba de afecto que pueda darse en circunstancias tales: perdonarme que no cumpla la promesa de ir a pasar unas horas con ustedes. La pérdida de algunos días en mi viaje al Iguazú y compromisos contraídos anteriormente en Chile, me ponen en este caso penoso, pero crean que lo lamento de veras, y que les agradezco profundamente el interés que se han servido mostrar en favor mío.

No juntaremos por ahora nuestras manos, pero en cambio puedo asegurarles que me he penetrado de la obra que ustedes realizan y tengo por ella las más vivas simpatías.

He visitado Córdoba y he visitado La Plata, y ahora puedo decir que Vrillaud y Bonchil, Orfila, Dreyzin y Ripa Alberdi, los cinco gallardos jóvenes que fueron a México no son casos aislados de la juventud argentina, sino que representan toda una generación anhelante de verdad y de bien. Y desde que estoy aquí, veo a esa generación estudiantil empeñada en levantar los ideales más altos por encima de la mediocridad egoísta e insulsa que en estos instantes triunfa en el mundo.

El pueblo que posee una juventud como la que hoy rebulle en las univer-

sidades argentinas debe contar con la certidumbre de días gloriosos.

Digo esto en vísperas de marcharme, cuando ya mis palabras no pueden contener vestigios de adulación, y lo repito después de que he tratado gente de diversa índole y he oído como los califican a ustedes de «rusos» y «judíos» y de malos patriotas porque quieren una patria mejor.

Me regocijaron tales motes cuando los escuché, porque creí ver en ellos la prueba de que hay en el movimiento de ustedes algo más que cuestiones de exámenes y cuestiones de cátedras, además de todo esto una fuerza de renovación que no ha de limitarse a los planteles sino que ha de desbordar entre el escándalo de los timoratos y las bendiciones de los que sufren. Después de mi recorrido de una parte del interior de la República, llego a Buenos Aires sintiéndome más hermano de la Argentina, más identificado con ella porque he descubierto el sufrimiento y me he convencido que tenemos lacras comunes y necesidades de mejoramiento igualmente urgentes. Y he visto, más bien dicho he pensado, que son ustedes, en íntima alianza con los obreros organizados, la mejor esperanza de la Justicia y el Ideal, siempre que al salir de las aulas, esa misma lucha se extienda a la acción social de tal suerte que estos sueños de hoy sean mañana realidad brillante.

También he oído que se formulaba contra ustedes el cargo de nombrar y remover profesores cuando se mostraban exigentes en los exámenes o en la aplicación de las disciplinas escolares y debo confesarles que esto sí me impresionó desfavorablemente, porque creo que el rigor extremo en las prue-